

Experiencias y arquitecturas

Después de más de cinco cursos visitando la Escuela, no podía imaginar que el 2018 me depararía la vivencia de tantas experiencias inolvidables y el encuentro con arquitecturas que jamás saldrían del corazón. Ese año era el último para mí como investigador posdoctoral, gracias a un proyecto Fondecyt que habían tutelado dos buenos amigos: la profesora Ximena Urbina y el profesor Mauricio Puentes. Ambos se emplearon a fondo para conseguir esa beca, que me dio la oportunidad de adentrarme en las arquitecturas imposibles de los acantilados de Valparaíso. En los años anteriores ya había descubierto una escuela sin límites y a una gran familia detrás de ella, pero este curso sería sin lugar a dudas diferente.

A mi llegada en junio, la Escuela estaba inserta en la actividad cotidiana del curso académico, con diversidad de proyectos, como el comienzo de la estructura del nuevo edificio o la construcción de una «caja negra» que ejecutaba Miguel Eyquem. Mi actividad investigadora avanzaba tranquila, con el Pacífico como telón de fondo y siendo fiel a la cita de los miércoles en el Taller de Amereida. Pero esta calma acabaría con brusquedad por el hecho que personalmente más me marcó aquel año: la pérdida del profesor Mauricio Puentes Riffo. Nos habíamos visto el verano anterior en Sevilla y en Sevilla quedaría escrito nuestro último encuentro.

A partir de este acontecimiento todo encajó de otra manera. Deambular por la Ciudad Abierta tendría a partir de ahí una nueva dimensión, como un lugar de encuentro y despedida. Hay un pasaje de la vida de San Francisco que me vino con insistencia a la cabeza desde ese día en relación a aquel lugar. El Poverello de Asís iba de camino a Roma con algunos de sus compañeros cuando recibió

la noticia de la pérdida de cinco hermanos que estaban en Marruecos. Entonces afirmó: «Ahora puedo decir con seguridad que tengo cinco frailes menores». Para él, en ese instante cobró sentido el proyecto franciscano, con sus sueños y sus esfuerzos por alcanzarlos.

Recuerdo, y literalmente vuelvo a pasar por el corazón, la imagen de una escuela activa, llena de ideas dibujadas, escritas o contadas. Recuerdo el **2018** como un año de cantina, de sobremesas extensas y extensivas en temas y personas, de trabajo en el archivo como un lugar de encuentro con las arquitecturas que custodia, y de proyectos surgidos a partir de un tiempo compartido. Por ello, recordar este año y los vividos en la Escuela son un ejercicio agradecido.

Pablo Millán Millán